

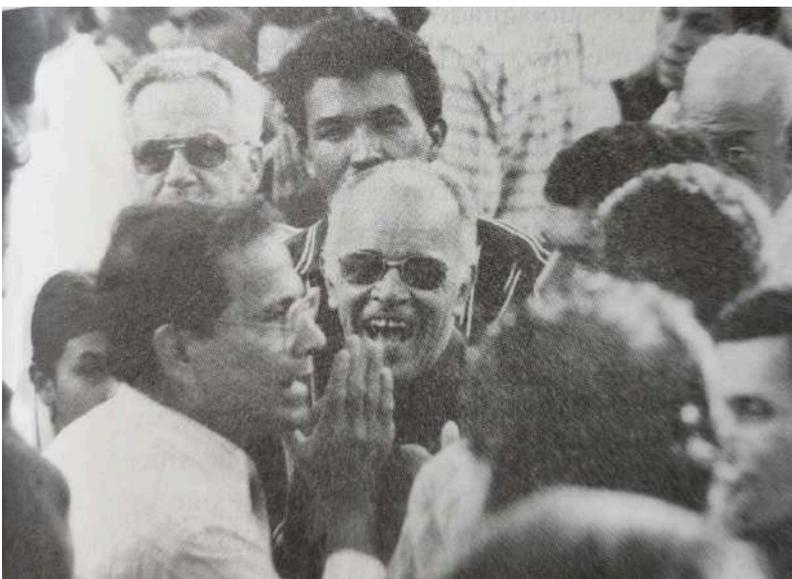
La conversa del Parque

Una crónica por Héctor Rincón

En medio de las intolerancias, mucha gracia que aquí se siga usando la palabra en público —y en alto— para decir las cosas. Sucede todos los días

En el parque Bolívar, que no se ha movido de enfrente de la Catedral Metropolitana, del barrio Villanueva, de donde siempre, están expuestos en jornada continua algunos de nuestros más diversos animales humanos.

Por el noroccidente, el Parque limita con el combo de los alcohólicos que mete alcohol puro por medias botellas de boca en boca, con una solidaridad que no excluye ni al recién ingresado. Por el norte, junto a la fuente, limita con una manada de



fotógrafos ambulantes que congela en colores el recuerdo de debutantes ciudadanos que posan, quietos; sonrían: listos. Por el suroccidente, el límite lo señalan los aguardienteros, fronterizos con los alcohólicos, pero sin duda de otro rango, porque este es un personal pudiente que bebe por copas los toneles que cada día vende *La Estancia*, como se llama el expendio de trago más concurrido de la ciudad. En el centro, a los pies de la imagen

congelada de Bolívar, el Parque es una asamblea permanente de jubilados o con cara de jubilados o con ganas de ser jubilados. No son de la misma índole que aquellos otros que ocupan las bancas o se sientan en los sardineles, y que tienen más bien cara de desempleados profesionales. Se les nota en cierta dejadez ancestral, es un escepticismo de fondo y, de manera especial, en que leen los avisos clasificados con fruición y le revisan el crucigrama al compañero de al lado.

Bienaventurado el que en tierra de tahúres, confía

Aparte de eso, el resto. Prostitutas desvalorizadas, vendedores de mantecados a cien pesos, tahúres que juegan a la rayita, vendedoras de tinto, mensajeros haciendo tiempo, ajedrecistas al aire libre, una pareja de indígenas de Otavalo que se ríen lindo, sacoleros flotando en sus nubes, lustrabotas veteranos, un malandrín con unas heridas rojas que le abrieron anoche en una pelea que casó. Y perdió. Y muchos otros: dos –¿o tres?– policías bachilleres y *treintaydos* ojos que se te clavan, que te revisan, que te dicen, incluida tu paranoia, que tu reino no es de este mundo.

Tiene el Parque también una comuna suroriental a la que no han arrasado las fuerzas del desespero. Allí –más al frente del teatro Lido– persiste una costumbre de ciudad de la que los historiadores no tienen una memoria exacta: los conversadores.

Nadie precisa cuando, pero hubo un momento en la historia de La Villa, en que la gente comenzó a decir en público. La palabra desenvainada en parques y plazoletas fabricó una tradición, por lo menos centenaria, del comentario libre al aire libre. Muchos momentos de la ciudad han sido agitados por el verbo fogoso de los vecinos anónimos y también, claro, por el discurso acalorado de los paisanos más sobresalientes. María Cano, por ejemplo, solía emplear la que se llamaba plazuela de San Roque (hace rato Uribe Uribe) para cantarle la tabla al establecimiento a nombre del proletariado. Las plazas fueron escenarios de arengas de gente montada a caballo que lanzaba la palabra y metía la espuela. Menos político y más intelectual, fue el periodo de los *charlistas*, que eran ilustres señores con ganas de echar su rollo ante un público ávido de oír osadías. O de oír simplemente historias bien contadas.

Sobrevive entonces aquí, en medio del escenario sórdido, la costumbre de hablar. Contra ella no han podido las prohibiciones políticas (el estado de sitio impedía reuniones de más de tres) y tampoco han podido las balas, con las que se dirimen ahora las discrepancias. Aquí, en cualquier momento del día, la palabra se usa, la palabra se abusa, el tono sube, el tono baja...

Ayer por la tarde, antes del nuevo diluvio universal, el parque Bolívar ardía en la región de los conversadores. El asunto ofrecía una complejidad muy coyuntural porque se hablaba de todo lo que hay de tradición en una toma guerrillera. Las imágenes del último asalto caminaban por el corrillo, sin mencionarse porque no había necesidad. Tan crudas eran que Víctor, el cabecilla del tema, acostumbrado a encarar a los contradictores, se encontró sin oposición y se desvaneció en el desconcierto.

Pero no hay problema: los conversadores del Parque dejan siempre navegando y sin anclar un tema enganchado a otro tema. De tal manera que cuando languidece uno ya está el otro tocando la puerta. Hay temas que no necesitan de la actualidad para discutirse y hay conversadores que no necesitan estar informados de lo que sucede porque

manejan un conocimiento (¿desconocimiento?) del que se han vuelto expertos y por ello famosos entre los contertulios.

Voy a decir que la Biblia, la religión, las religiones, la teología, les encanta. El que está comiendo paleta blanca (debe ser de guanábana) sostiene, con un aire de suficiencia como el que emplean todos cuando toman la palabra, que el fanatismo que crea la lectura de la Biblia es cosa del demonio. No de Dios... Y deja la cosa así, por segundos. Logra el efecto de escandalizar que se propuso. Y sigue...

Pero no se lanza contra todo pronóstico, por el camino del ateísmo. No. Va rápido a Jesucristo como ejemplo de camino y, también rápido, establece una conexión casi consanguínea entre Jesucristo y la Madre Teresa de Calcuta: entre la Madre Teresa y San Francisco...

En este punto y momento, todo displicente, aparece *El Ateo*, como le conocen los habituales, con unas ganas sin concesiones de sabotear:

–Qué va, dice. El único Dios que hay es la ciencia...

Y se larga, como un físico, como un químico, como un marciano, a hablar de todo a la vez: de los extraterrestres y las estrellas, del firmamento, de la astronomía. No deja un segundo libre porque –se ve experto– un segundo es un bache por donde se puede colar cualquiera.

Con paciencia, al *Ateo* le aparece el contradictor que no es el de la paleta blanca, sino el del libro bajo el brazo. Y levanta un argumento de generosidad: que la Iglesia Católica pide por los judíos y por los sismáticos ortodoxos, por los brahmanes, por los budistas... Y en ese instante pasa el basuriego de Empresas Varias pidiendo permiso.

Cuando se recompone el corrillo, sobre un piso acabado de barrer, otro que no había hablado (otro hombre porque entre los conversadores no hay conversadoras), lanza a quien quiera cogerla, una pregunta a propósito de la mención a Buda.

–A ver, si saben tanto, pues, díganme cómo se llamaba Buda.

El de la paleta blanca mira, duda, acorralado. Pero no se deja:

–No recuerdo, confiesa, pero era hijo de hacendados potentados ...

Semejante manifestación de no querer perder una sola, hace explosión. Todos ríen ante el derrumbe sufrido por la credibilidad de uno de los duros.

Esa tarde antes del diluvio y después de la oda religiosa y del sabotaje *ateo*, por los corrillos pasaron, a veces raudos, a veces lentos, más temas. Los fenómenos ovnis, pasaron y no se identificaron; el monopolio de las carretillas y su importancia frente al comercio de la ciudad, también pasó. Pasó –y se quedó un rato sin brillantez– el infaltable fútbol con los irrefutables diagnósticos y los improbables pronósticos.

Dos dones que se salieron un momento del grupo deliberaron segundos alrededor de cuántas mozas se pueden tener. Se habló de los derechos que da el dinero y del equilibrio entre la riqueza y la fama. Se preguntó –y no se obtuvo respuesta– sobre dónde queda el purgatorio. Y un señor muy acabado de llegar, con la piel cansada de la tarde como todos los otros, sin mucha alegría en los ojos y más bien con una pesadumbre regada, como todos los otros, se quejó de la costumbre zángana de que a cualquier buen trabajador le digan que es un sapo...

Una vez desatada la fuerza del aguaceronón de las cinco, el Parque se quedó sin habitantes. Un pipero, sí, no se inmutó. Un sacolero, sí, no se movió. Las palomas, que todavía quedan, se guarecieron en las palomeras que aún están. Y así.

Junio de 1995

De La Pringamosa

